

La generación militar del 1821 necesitaba renovarse

● Como México no poseía una clásica profesionalidad castrense, los estamentos militares triunfantes en 1821 eran los mismos en 1847. Ninguna sangre nueva había sido inyectada al cuerpo guerrero de la Nación. Las alteraciones del orden público veíanse tan deplorables como censuradas, que la juventud prefería el retraining a ingresar en las filas del ejército.

De aquí que la república no tuviese propiamente una casta militar. Los generales y coroneles constituían, eso sí, una *maffia* que actuaba, ya en las guerras, ya en la política; y por ser muy estrecho y exclusivista ese grupo exigía no sólo fueros sino también privilegios de carácter político.

En las luchas domésticas, cada general o coronel ayuntado a cualquier agrupamiento civil tenía un vasto campo para el ejercicio de sus particulares rencores; y aunque esto dañaba el prestigio nacional, muy poco resentía el país en los órdenes económico y social. De esta suerte el juego de las guerras civiles quedó marginado de la sociedad.

Así, cuando se trató de crear una unidad para hacer frente a la agresión de Estados Unidos, a los enconos que anteriormente estallaban por partículas les dieron la coyuntura para hacer explosión dentro del cuerpo de la nación; y aunque esto fue más doloroso que pernicioso, puesto que las rencillas personales estuvieron lejos de ser la causa por la cual México se vio ocupado por el enemigo, lo cierto es que un ejército como cualquier otro órgano del Estado, mientras no renueva a sus hombres y no pone en actividad sus funciones, vivirá dentro de las cortas capacidades que se sucedieron en los años de 1846 y 1847.

No apuntaron las discordias entre los comandantes destinados a detener el ejército de Estados Unidos un capítulo condenatorio para los mexicanos, ya que el fenómeno registrado en México también se presentó, y con muchos y señalados agravantes en las filas militares norteamericanas. Basta señalar las rivalidades entre los generales Scott y Taylor.

Pero si en México se consideró la desunidad como una deslealtad al patriotismo se debió a las tareas del absurdo derrotismo, apoyado por el pesimismo. La realidad, pues, indicó que almacenados los rencores de la clase guerrera por cerca de treinta años, cuando hubo necesidad de reunir una milicia total, los mandos aparecieron dispersos o enemigos. De esto no debe culparse a las ambiciones o apetitos individuales, sino a la naturaleza humana cuyas páginas hay que remirar antes de hacer juicio sobre los hombres.

De esta manera se explica el por qué Paredes y Arrillaga halló la oportunidad, al pie de la guerra extranjera, de vengarse de Santa Anna. Así también se entienden las infames acusaciones a Arista. Igualmente comprendidas serán las calumnias a Ampudia; las difamaciones contra don Juan Alvarez; los despechos de don Gabriel Valencia y la procaz literatura con los que se quiso empequeñecer a López de Santa Anna, jefe del ejército mexicano en el 1847.

Veinticinco años de odios y rencores tuvieron que venir a la conflagración cuando los individuos del 1821 se vieron obligados a figurar en una sola fila. Pero no nos aflijan las leves culpas. Deploremos el uso de la brutalidad que ejerció el gobierno de Washington enviando a nuestro suelo patrio ciento cuatro mil soldados muy bien armados, municionados y avituallados ¹⁹⁵².

Para defender a México de los invasores que en número mayor de siete mil hombres ¹⁹⁵³ avanzaron de Matamoras

¹⁹⁵² Emory Upton, *The military Policy of the United States*, Washington, 1917, p. 221

¹⁹⁵³ *Ibidem*, 215

a Monterrey el general Francisco Mejía, quien sustituyó al general Mariano Arista en el mando del ejército del norte, pues Arista fue depuesto y acusado de abandonar a Matamoros, no obstante que antes, como se dijo, reunió una junta de guerra que fue la que determinó por estar agotadas las municiones y los víveres la evacuación de la plaza ¹⁹⁵⁴; el general Mejía, se repite, sólo contaba con el casi destrozado ejército del norte, al que dividió en dos columnas. Una que retrocedió a Monterrey; otra, la menor, que marchó rumbo a Tampico. La separación de las columnas se llevó a cabo en Linares. Aquí se hizo un recuento de la tropa. El ejército del norte había quedado reducido a dos mil seiscientos treintiocho plazas ¹⁹⁵⁵.

Mejía llegó a Monterrey muy delicado de salud; y advertido de que Taylor avanzaba hacia la plaza se dispuso a construir fortificaciones que sólo defendían el centro de la ciudad, lo cual ocasionó numerosas protestas; ahora que lo cierto es que empezaban a aparecer los enconos y las calumnias de uno a otro jefe del ejército ¹⁹⁵⁶.

Caminaba Mejía en medio de dificultades y rumores, cuando llegó a sustituirle en el mando el general Pedro Ampudia, español nacido en La Habana, quien se unió al ejército Trigarante en 1821 ¹⁹⁵⁷.

Ampudia, siempre partidario de los centralistas, sólo había sido comandante de corporaciones. Era díscolo y vanidoso y sus órdenes carecían de derechura. El arrepentimiento formaba entre sus muchos defectos guerreros. El mando en el norte se lo debió a Paredes y Arrillaga ¹⁹⁵⁸.

La presencia de Ampudia en Monterrey fue causa de rivalidades. El ejército se dividió en dos bandos. Uno, apoyando a Mejía; otro a Ampudia. Los odios fueron tan grandes que alcanzaron a los soldados; y como Ampudia daba

¹⁹⁵⁴ Arista, *Campaña contra*, cit.

¹⁹⁵⁵ Roa Bárcena, *Obras*, II, 101

¹⁹⁵⁶ *Ibidem*, 102; Castillo Negrete, ob. cit., II, p. 227 y ss.

¹⁹⁵⁷ Pedro Ampudia, Hoja de Servicios. Cop. Fotostática

¹⁹⁵⁸ *Ibidem*

una orden y luego una contraorden, puesto que primero quiso tomar la ofensiva saliendo de la plaza para atacar a los invasores, y más tarde artilló algunos puntos para enseguida ordenar su destrucción, la gente le agarró mala voluntad ¹⁹⁵⁹. Así y todo, Ampudia era diligente y atrevido, aunque esto no valía frente al enemigo que se acercaba a la plaza.

En efecto, después de cuatro meses esperando entre Matamoros y Camargo que pasara la temporada de lluvias, el general Taylor, a quien Scott, como queda dicho, retiró las fuerzas regulares, se movilizó con siete mil hombres, de los cuales el noventa por ciento eran voluntarios; ahora que todos estos iban perfectamente armados, pues sustituyeron los viejos mosquetes con rifles *de patente*. Así, el general Taylor tuvo a la vista Monterrey el 19 de septiembre del 1846 ¹⁹⁶⁰.

Tres divisiones formaban en el ejército invasor a las órdenes de los generales William Jenkins Worth, David E. Twiggs y William Butler. Jefe de los ingenieros militares era el mayor Edward D. Mansfield, autor más tarde de *The Mexican War*, que hemos citado ¹⁹⁶¹ en las infranotas.

Defendían a Monterrey dos mil trescientos soldados regulares que habían concurrido a los encuentros en Palo Alto y Resaca de Guerrero, y cerca de cinco mil voluntarios, muchos de los cuales llegaron a la plaza una o dos semanas antes del combate.

Taylor se estableció en Marín, y el día 20 ordenó al general Worth que por la noche cortara el camino a Saltillo, para evitar que los mexicanos recibiesen auxilios de hombres o víveres. Worth hizo el movimiento sin ser sentido por los mexicanos atrincherados en el Obispado ¹⁹⁶².

El combate formal empezó a las primeras horas del 21. Taylor emplazó su poderosa artillería sin ser ofendido; los

¹⁹⁵⁹ Carreño, ob. cit., CCXXVI, CCXXV

¹⁹⁶⁰ Grant, ob. cit., 108, 109

¹⁹⁶¹ Balbotín, *La Invasión Americana*, Méx., p. 26 y ss.

¹⁹⁶² Mansfield, 60

defensores de Monterrey iniciaron un nutrido cañoneo sobre las filas enemigas. Al mismo tiempo, la caballería al mando del general Francisco Mejía salió de las líneas de defensa y dio algunas cargas muy osadas y valientes, que fueron rechazadas por la gente de Butler, quien resultó herido ¹⁹⁶³.

Las bocas de fuego mexicanas no hicieron daños debido a su corto alcance; pero cuando los invasores intentaron tomar la plaza por asalto, acercándose a las trincheras de los defensores, la artillería les causó numerosas bajas ¹⁹⁶⁴.

Tan enérgica era la defensa de la plaza que Taylor mandó retirar a la división de Worth del camino a Saltillo, y habiendo observado que el Obispado constituía el principal baluarte de Monterrey, mandó que Worth asaltara tal posición, mientras que las otras dos divisiones horadando muros se acercaban al centro de la población.

Tanto el día 22 como el 23 continuó el combate; pero la toma del Obispado y el avance noramericano hecho casa por casa, en primer lugar; la falta de víveres y municiones, en segundo lugar, hicieron considerar a Ampudia la necesidad de capitular; y al efecto a la noche del 23 envió un emisario a Taylor, y al siguiente fue firmado un documento permitiendo que las fuerzas mexicanas evacuaran la plaza llevando sus armas al hombro y que al ser arriada la bandera nacional recibiera el saludo de la artillería de México ¹⁹⁶⁵.

Salió el ejército nacional. En Monterrey quedaron abandonados los heridos. Un gran número de éstos eran artilleros "que se habían quemado al conducir municiones para sus piezas" ¹⁹⁶⁶.

¹⁹⁶³ Apud Balbotin

¹⁹⁶⁴ Apud Mansfield

¹⁹⁶⁵ W. J. Worth y Pedro Ampudia. *Capitulación en Monterrey*, 24 sept., 1846, en Mansfield

¹⁹⁶⁶ Balbotin, ob. cit., 47